

Siempre resulta difícil definir la personalidad de un hombre con un sólo vocablo. Si el personaje es además señero, extraordinario, polifacético y ha sido protagonista importante en la historia de su país, la dificultad sube de punto. Tal es el caso de José María Gil-Robles, cuyo último libro, *La Monarquía por la que yo luché*, tengo el honor y la satisfacción de presentar esta noche ante vosotros. ¿Cómo calificaría yo la figura del autor si hubiera de buscar una clave de su carácter? Diría que se trata de un luchador. Por encima del hombre de leyes, del juriconsulto eminente, del profesor de Derecho Público, del político en activo, del gobernante espectacular, del orador, del hombre de Estado, José María Gil-Robles es un luchador. ¿Qué es un luchador en política? Un hombre que sacrifica a la causa que defiende, a los principios en que se alimenta su fe, su comodidad, su bienestar, sus ventajas personales, sus pequeñas y legítimas ambiciones, a las veces, su seguridad personal y el riesgo de su propia vida.

Gil-Robles es un luchador visceral, nato, idiosincrásico. Yo le conocí una tarde, hace ya muchos años, en 1932, desde las tribunas del entonces Congreso de los Diputados, y le escuché discutir con una dialéctica contundente, casi a trallazos, en un salón de sesiones mayoritariamente hostil y encrespado. Esa imagen lejana me quedó siempre en las entretelas de la memoria como un símbolo de su personalidad. Leyendo ahora el libro que nos ocupa he vuelto a encontrar al luchador de los años de la República en el «diario» suyo, que abraza los años 1941 a 1954, en que Gil-Robles residió en Portugal como exiliado. El exilio parece ser una situación obligada de los hombres públicos españoles, desde 1814 por lo menos, al comenzar la gran ruptura nacional, que no ha terminado todavía. Liberales y apostólicos, moderados y progresistas, carlistas y republicanos, iniciaron el gran desfile hacia el exterior y en muchos casos el rigodón de vuelta. Casi no hubo jefe político o militar durante el ochocientos que no cumpliera periodo de exilio. La Restauración canovista, tan criticada, atenuó considerablemente esta lamentable costumbre hasta hacerla desaparecer. Luego, con la Dictadura de Primo de Rivera, volvieron a producirse exilios y exiliados. La República reanudó los mismos malos hábitos y al término de nuestra guerra el exilio fue —y es— una parte importante de nuestras malas costumbres políticas. En Gran Bretaña, en Francia, en Alemania Federal, en el Benelux, en Italia, en Estados Unidos, en Escandinavia o en

*José María de Areilza leyó ayer unas cuartillas para presentar el «Diario» de José María Gil-Robles. Traemos hoy este texto, lleno de valoraciones históricas, a nuestra Tribuna Libre. Es el homenaje de un hombre público incansable a un viejo luchador, lúcido y activo ahora como cuando redactaba aquel «Diario». Son dos políticos químicamente puros: dos ejemplos de la hoy tan necesaria derecha civilizada.*

## Un luchador

JOSE MARIA DE AREILZA

Austria o Suiza no hay prácticamente exiliados políticos. Los hay, en cambio, en todas las naciones del telón de acero, en los pueblos africanos, en los del Tercer Mundo. Donde hay democracia liberal, en rodaje, no hay exiliados políticos. Donde hay dictadura, despotismo, sistema totalitario del signo que sea, el exilio florece como la mala yerba entre las ruinas o en los campos abandonados.

El autor vivió trece años de exilio en Portugal y durante ese tiempo llevó y compuso un diario minucioso de su quehacer político. Una parte de esa rica documentación se perdió en una inundación fortuita del lugar donde se hallaba depositada. Lo que sobrevivió se publica aquí, en este volumen, y tiene entidad suficiente para servir con el rigor de los datos y de los hechos para escribir en su día con objetividad y sin pasión la historia política de los últimos cuarenta años de nuestro país.

¿Qué nos cuentan estas cuatrocientas apretadas páginas? El relato puntual, recortado y desnudo de las impresiones cotidianas del autor sobre lo que veía, escuchaba y hablaba en torno a un primordial y decisivo problema, planteado ya entonces con aparente urgencia y en el que se ventilaría nada menos que el futuro sistema político español. Es decir, si la salida de la guerra civil iba a ser la restauración de la Monarquía o, por el contrario si el franquismo iba a sucederse a sí mismo con distintos ropajes hasta agotarse con la vida de su creador y fundador. Gil-Robles mantuvo con entereza admirable su posición ideológica cerca del hijo de Alfonso XIII, el Conde de Barcelona. Entendía el autor que la institución que representaba don Juan de Borbón sólo podría válidamente asentarse en España si representaba para el pueblo español una opción distinta, claramente diferenciada, del franquismo, que iba tomando fuerza y acumulando notas características que lo convertían inconfundiblemente en un régimen personal, autoritario, fascista y reaccionario. La Monarquía debía, en opinión de Gil-Robles y de otros muchos, significar el paso a un régimen en el que tuviesen cabida la totalidad de las tendencias

y opiniones políticas de los españoles, y que debía tener presente la pluralidad inevitable de la sociedad nacional, es decir, la aceptación de la libertad y de la responsabilidad de los grupos y partidos políticos que era indispensable dejar que se organizase en nuestro país. O el Rey iba a ser el Rey de todos los españoles sin excepción, o la Monarquía se convertiría en una maniobra estratégica y táctica de Franco para ganar tiempo, calmar al sector monárquico militar y de la derecha, y aplacar el inmenso frente exterior, hostil y encrespado desde que la guerra mundial empezó a tomar su rumbo hacia el desenlace inevitable y hacia la derrota final del Eje y del imperialismo japonés.

Es llamativo y de gran interés comprobar en este «diario» la constante presencia del factor internacional en el desarrollo del problema institucional español. Ello se debía, de una parte, a la grave implicación que en nuestra guerra civil tuvieron las potencias del Eje, de un lado, y las fuerzas de la izquierda internacional, del otro, implicaciones que desde 1940 empezaban a traer consecuencias de todo orden que la habilidad maniobrera del general Franco trataba de sortear constantemente. Resulta sorprendente asimismo la ausencia de sensibilidad que en gran parte de los sectores de la derecha y de la izquierda españoles se aprecia para valorar en su justa medida y proyección esa profunda vinculación de nuestro problema con el exterior. Gil-Robles es una de las raras excepciones de ese daltinismo nacional para apreciar los colores reales que ofrecía el contexto internacional hacia el problema de España. Su buen juicio chocaba de modo constante, ya con el criterio de los adversarios, sino con los propios correligionarios que en ocasiones no veían más allá de sus pequeños intereses o ambiciones de ámbito local o regional, y aconseja con oportunidad y realismo al jefe de la Casa Real española, generalmente bien avisado y alerta en esa clase de cuestiones.

Se ha dicho y repetido durante

muchos años hasta la saciedad —en la leyenda mítica del oficialismo preponderante— que gracias a la tenaz resistencia del franquismo a la restauración monárquica, España pudo salir adelante, sin claudicación alguna, hasta llegar a la prosperidad de los años sesenta. Pero analizando objetivamente la historia, y este libro es esencial para conocerla, se adivina la dura realidad tal como fue. La Restauración llevada a cabo al terminarse la guerra mundial, entre 1945 y 1955 —los años que abarca este «diario» precisamente—, hubiera permitido a España acogerse a los beneficios del Plan Marshall, primero, y a la puesta en marcha de los organismos comunitarios europeos, después. Es duro decirlo, pero el egoísmo de Franco retrasó en diez o veinte años la normalización económica del país y obligó a pasar al pueblo español un largo periodo de carencias y de atrasos que repercutió en todos los órdenes de la vida española, en la falta del progreso cultural y técnico y, por supuesto, en la evolución política y social de la entera nación. «Yo no daré ninguna libertad al pueblo español en los próximos diez años», dice en un pasaje de este libro el entonces Jefe del Estado a un personaje que le visita. «Ni en los diez, ni en los veinte! El desarrollo se hubiera llevado a cabo con otro modelo, no autoritario, sino democrático y España tendría, ya hoy, una democracia política en rodaje activo y experimentado desde hace muchos años, con un nivel de vida bastante más elevado que el actual —el puesto 29 entre las naciones del mundo— sin necesidad de haber pasado por las experiencias traumáticas que todos conocemos y de las que todavía, ni en el orden político, ni en el económico, ni en el social, hemos salido del todo. En el ámbito internacional hubiésemos normalizado desde hace varias décadas nuestra personalidad institucional, sin necesidad de soportar vetos, dar explicaciones, entrar por la puerta falsa, y en definitiva, recibir desaires por el mero hecho de haber perpetuado una forma de Estado, anacrónica, que únicamente servía para justificarse como plataforma a un sistema de autoridad personal.

Gil-Robles, en su «diario», nos revela una vez más el viejo problema de gran parte de la derecha española de antaño. Tan cerril, tan egoísta, tan corta de alcances, tan soberbia como lo era buena parte de la izquierda. La derecha, triunfadora en la guerra, aceptó implícitamente y en su mayoría el sesteo a la sombra de la dictadura de Franco, sin inquietudes ideológicas ni lealtades excesivas a la Corona, que en algunos aspectos representaba un estorbo para el egoísmo material de la clase dirigente. Y lo que en 1950 no era más que un comienzo de actitud servil, fue, con los años, convirtiéndose en una riada, primero, y en un intento de justificación doctrinal, más tarde. Los buenos negocios de la derecha reinventaron el integrismo franquista, dejando a un lado la lealtad dinástica y el sentido común. Más valía, por lo visto, una derecha repleta que una derecha civilizada.

¡Ahí es nada, haber propugnado entre 1940-50 una Monarquía cuya soberanía reside en el pueblo, con partidos políticos, libertades civiles, Parlamento elegido por sufragio universal, derechos de la persona humana y libertad sindical! ¡Qué locura!

Una Monarquía como las del resto del occidente europeo: como la de Gran Bretaña, las del Benelux, las de Escandinavia, en que el rey reina (que es lo de más) y no gobierna (que es lo de menos). Pero no una Monarquía a lo norteafricano ni a lo asiático. Esa Monarquía es la que Gil-Robles quería para España y por ella luchó.

Y yo me atrevo a decirle en público esta noche, y para terminar: Querido Gil-Robles, la Monarquía por la que usted luchó tan tenaz y tan valientemente, cuyas formulaciones entonces escandalizaban a la derecha y crispaban los nervios del general Franco, es hoy, en España, la Monarquía por la que luchamos todos. La del Rey *serás si ficiere derecho e si non, non*, que decían en Castilla; la que inventó el Parlamento representativo antes que lo hicieran Gran Bretaña y Francia; la del *nos, que cada uno valemos tanto como vos y que juntos valemos más que vos*, que decían en Aragón; la que permitía que se llamaran *naciones*, sin escándalo, a los diversos pueblos de España unidos con el lazo de la Corona de todos.

Usted en este libro se hace precursor de ese camino. Fue su clarividencia la que hace treinta años formuló la Monarquía tal y como debía ser. El tiempo no siempre es generoso con los anticipadores. La historia, sí. La historia le hará justicia y dirá que su larga y difícil lucha no fue en vano.